

Welster seria pronta, segun habia ofrecido, y que al instante se casaria, y se convertirian aquellas lágrimas en gustos. Carlota algo se consolaba con esto; pero no dejaba de temer la inflexibilidad de su padre tan tenazmente opuesto al matrimonio. Adelaida le decia: no tengas miedo, hermana, que no es tan bravo el leon como parece: nuestro papá es de capricho, pero tambien suele variar de opinion. ¿No te acuerdas cuánto trabajo costó para persuadirlo á que permitiera mi casamiento? El no queria; pero por fin se redujo y consintió, y lo mismo será contigo. A los principios se opondrá, te reñirá, y aun te llenará de amenazas; pero despues poco á poco se irá amansando, hasta que consigas tu deseo. Yo misma te prometo ser tu empeño, y te juro que no me saldrán vanos mis esfuerzos.

Con estas espresiones se consoló un poco mas Carlota, y se despidió de Eufrosina. ¡Pobrecita! el éscito no correspondió á estas lisongeras esperanzas, como se verá en el capitulo que sigue.

CAPITULO XVII.

Descubre Adelaida los amores de Carlota á su padre: se indigna este, y le hace recibir por fuerza el hábito de monja: pasa el año del noviciado y llega Welster la vispera de la profesion.

QUE cierto es que el interés es la piedra de toque de la virtud y la amistad! Muchos afectan muy

bien la probidad y la amistad mas constante; pero apenas media el mas ligero choque por causa de intereses, cuando se quita el oro aparente del honor y la constancia, y se descubre el vil metal del vicio y de la falsedad. Esto mismo esperimentó Carlota con su hermana.

Un mes hacia que se habia embarcado Welster, cuando un dia de repente llegó á casa de Carlota una criada con un papelito de su hermana, por el que esta le pedia prestado el cintillo que le habia dado Jacobo.

No era mezquina Carlota: varias cosillas le habia dado á su hermana en clase de prestadas, y ni habian vuelto, ni ella se las cobraba nunca; pero no fué tan generosa con el cintillo de su amante. Redondamente se lo negó, diciéndole que ya sabia que podia mandar en todo cuanto tenia, menos en cintillo de Welster, porque llegar á lo suyo era llegar á la niña de sus ojos. Adelaida, como no acostumbrada á semejantes negativas, se enfureció, y propuso vengarse de su hermana.

Dejó pasar como ocho dias, y al cabo de ellos fué á visitarla, y la halló cosiendo con Doña Ana, que era una señora viuda, ya vieja, y tia de las dos, que tenia D Tadeo en su casa para que acompañara á Carlota. Esta señora queria mucho á su sobrina y era

depositaria de sus secretos, motivo porque no recibió de ella Adelaida.

Luego que entró abrazó á su hermana con mucho cariño, y comenzaron á hablar. Le preguntó ¿cómo le iba de ausencia? á lo que Carlota respondió con sencillez, que cada dia estrañaba mas á su Jacobo. Ya te considero, mi alma, cómo estarás, decia la pérfida hermana; y tienes mil razones de estar triste: no es para menos el lance, porque ciertamente que Welster tiene mil prendas; yo no he visto jóven mas fino ni mas amable: ¡sobre que yo no tengo las relaciones que tú con él, y lo quiero tanto, que ya no veo las horas de que venga, y que se case para poder decirle *hermano!* Y no, no pienses que son pobladas mias. Mira: aquí te traigo esta purera para que cuando venga se la regales en mi nombre. Ella no tiene nada de particular sino haberla yo hecho con mis manos.

Diciendo esto, le dió una purera de chaquira muy bien hecha, con un letrero que la ceñía por en medio, y decia: *Carlota á su amado Welster.* Loca de contenta quedó la cándida Carlota con el regalo de su hermana. Le dió las gracias y unas argollas de oro, con lo que quedó la purerita bien pagada.

Preparada la intriga, la consumó Adelaida diciendo: Anda, niña, que me negaras tu cintillo el otro dia. Hermanita, respondió, Carlota, no te enojés;

pero ya ves que el cintillo.... —Si, sí, tienes razon, Carlota: y si no lo hicieras así, no fueras gente; pero yo no quería el cintillo mas que para cotejarlo con uno que me venden. Aquí lo traigo; míalo, y préstame el tuyo á ver si se parecen.

Entonces sacó Carlota el cintillo de uno de los secretos de la almohadilla, donde tambien estaba la palabra de Welster y algunas cartas. Adelaida lo observó todo, vió el cintillo, y se lo volvió diciéndole: ahí puedes guardar la purerita. Carlota recibió el consejo, y platicaron de otras cosas. Le sacó á su hermana vino, queso y bizcochos, y dentro de breve rato se despidió.

¿Quién habia de esperar de una hermana tal villania, y menos no habiendo dado motivo? Ello es que sucedió, porque es mucha la malicia de los hombres, y no se queda atras la de las mugeres. A los cuatro ó cinco dias espíó Adelaida la hora en que su hermana salia á misa con la tia Doña Ana, y cuando la vió en la calle, se entró en su casa donde alló al viejo D. Tadeo contando dinero. Lo saludó con mucho cariño, le besó la mano, se sentó, y comenzó á hacer su negocio de este modo: Papá, ¿que está usted haciendo balance para darle su parte á Carlotita? ¿Y para qué quiere dinero Carlotita? dijo su padre. ¿Cómo para qué? ¿pues no está ya para casarse?—¿Para casarse Carlota?—Si señor: ¡ahora es-

tá usted en eso? Dias hace que está prendada y apalabrada con D. Agustín Jacobo Welster, ese inglés que se bautizó el otro día en el Sagrario y que visitaba tanto á Enfrosinita. ¡Vaya, tá has venido de gorja! decía el viejo: ¿cuándo la pobre de mi hija piensa en esoy mucho menos con estrangero á quien apenas habrá visto tres veces?

¿Tres veces? dijo Adelaida; trescientas se han visto en cuatro dias ó cuatro meses que se conocen.... ¡Vaya, no dude usted ni lo quiera alucinar mi hermana! Registre usted su almohadilla, y se convencerá de que no vine á engañarlo, sino á descubrirle la verdad; porque usted al fin es mi padre, y me duele mas que ella. ¡Ya se vé! que si usted quiere que se case, que se case en hora buena. Usted es tambien su padre, y sabe lo que hace.

¿Que se case? decía el vieje echando Jumbre por los ojos: primero la vea hecha pedazos. Espérame aquí, voy á sacar su almohadilla. La sacó en efecto, y la traidora hermana puso en sus manos los papeles, el cintillo y la purera. Cuando el viejo vió las cartas y la palabra de Welster, poco faltó para que no se echara por un balcon: tal estaba de ciego de la cólera.

La pérfida Adelaida lo serenó diciéndole: No es menester, señor, que usted se incomode tanto, ni que lo pague su salud: con modo se harán bien todas las

cosas. Usted es su padre, y si no quiere que se case no se casará aunque el mundo se venga abajo. El caso es que sepa usted sostenerse para que otra vez no le pierda á usted el respeto. Castiguela usted pero sin encolerizarse, y eso que sea el castigo moderado, pues, porque es mi hermana, y es fuerza que me duele. Diciendo esto se despidió.

A poco rato volvió Carlota de misa, y la llamó su padre á una pieza retirada de la casa. Cuando entró en ella, cerró la puerta con llave, y le dijo que se sentara. La infeliz Carlota se sentó toda temblando, y él le dijo: ¿Sabes que eres mi hija? ¿sabes lo que me debes? y por último, ¿sabes la autoridad que tengo sobre tí?—Sí señor.—¿Pues cómo tan sin honor, tan sinvergüenza te has atrevido á ofrecerte por muger á un hombre vil, sin consultar conmigo? ¿No sabes que una hija de familia no debe tener mas voluntad que la de su padre, y que no es dueña ni de sus pensamientos? Pues ¿cómo te has arrojado á amar á ese hombre sin mi licencia, hasta el extremo de recibirle papeles y regalos? Ea, no te pongas descolorida, ni tiembles: yo no hablo de memoria; estoy bien informado de tu conducta, y te voy á poner testigos que no te atreverás á desmentir.... ¿Conoces esta purera, ves este cintillo, entiendes la letra de estos papeles? ¡Vamos! hija ingrata, indecente, sinvergüenza: ¿no te confundes convencida

de tus criminales procederés? Habla, responde, discúlpate si puedes.

La desdichada Carlota, no pudiendo negar lo que tantos documentos aseguraban, hecha un mar de lágrimas se arrojó á los piés de su padre y le dijo: Es verdad, señor, que he tenido la debilidad de corresponder á los afectos de Welster. Si es delito el amar, yo he amado, lo confieso; pero ahora ya no tengo mas remedio que pedirle á usted perdon de mi delito. Si, amado papá: perdone usted á esta desdichada.

Está bien, contestó D. Tadeo con toda gravedad; pero me has de dar palabra de ser monja y de aborrecer para siempre á ese infame Welster. ¿Qué dices? ¡Ah señor! respondió Carlota: no merece Welster que lo aborrezcan. Cuando el rayo se desprende de la nube no hace mas estrago que el que hicieron estas espresiones en el corazon de aquel tirano padre, quien arrastrando á la infeliz Carlota y bañándola en sangre á bofetadas, le decia: hija vil, hija ingrata y atrevida, ¿así me faltas al respeto? ¿Aun no estás contenta con proceder mal, sino que en mi propia cara haces alarde de tu inicua liviandad? Yo te pondré en las Recogidas para siempre.

Así que se cansó de golpearla, se paseaba furioso por el cuarto, mientras la triste Carlota permanecía en un rincón hincada de rodillas, lavando la san-

gre de su rostro con las lágrimas que corrían de sus ojos.

Un espectáculo semejante hubiera enternecido á un tigre; pero aquel viejo estaba empedernido. Se paseaba apresuradamente frotando una mano con otra, la barba le temblaba debajo del pañuelo que tenia flojo y descompuesto: sus ojos despedían sobre Carlota unas miradas de fuego, y con un tono de voz de condenado le decia: "Conque maldita, ¿no quieres darme gusto, no quieres aborrecer á ese vil, ni ser monja? ¿te has empeñado en llenar de amargura el corazon de tu padre? ¿Quieres abreviar mis dias y dar conmigo en el sepulcro? Pues anda, hija ingrata y desconocida: no seas monja, no; pero así el cielo derrame sobre tí sus maldiciones: confundida y arrastrada te veas en este mundo: jamas tu corazon pruebe los placeres de la paz: sea toda tu vida un círculo de afrentas, dolores y miserias, y en la hora inevitable de tu muerte, el Dios eterno que me escucha permita que no halles confesor que te absuelva, para que muriendo impenitente, recibas en los infiernos por toda la eternidad el premio de tu tenaz inobediencia."

No pudo la inocente Carlota soportar el temor que le infundieron estas impías escsecraciones (1) y así

(1) Es una vulgaridad creer que siempre se cumplen

trémula, descolorida y palpitándole fuertemente el corazón, se abalanzó á los piés de su cruel padre, se los besó mil veces los empapó con sus lágrimas, y apenas articulando las palabras le decia: "ya está, papá de mi alma, ya está: yo seré monja y cuanto usted quisiere; pero deje ya de maldecirme. . . ."

Entonces el cruel viejo, aparentando una alegre serenidad, la levantó á sus brazos, y estrechándola en ellos, le decia: ya no hay nada, Carlota, ya no hay nada. Tú eres mi hija, y estás obligada á obedecerme, así como debo amarte por ser tu padre. Con tal que me des gusto y me cumplas esa palabra, ya no te reñiré en mi vida, antes te recibiré á mi gracia, y te daré gusto como siempre.

las maldiciones de los padres. Cuando son injustas no hay para que temerlas; porque Dios no aflige á sus criaturas solo por complacer un mal deseo; sin embargo, el maldecir es un vicio y una costumbre reprobada, aun cuando se maldiga con razon, porque nunca hay razon para maldecir. Muchas veces Dios ha permitido que se cumplan las maldiciones de los padres por castigo de ellos mismos. Así como sus bendiciones afirman la felicidad de los hijos, sus maldiciones destruyen hasta los cimientos de las casas. Esto lo dice el mismo Dios en las divinas Escrituras. Ecll. 3, v. 11. No es mucho, pues, que haya tantas familias desgraciadas, habiendo tantos padres maldicentes.

¡Vamos! siéntate, serénate, no llores, si yo te quiero mucho, si eres mi hija, ¿no te he de amar? Ahora, ¿qué imposibles te pido? Que seas monja: mira tú cual es el daño que te hago. ¿Acaso crees que en los conventos se pasa mala vida? No, hija, todo lo contrario: cuantas están allí, están contentas, sin echar menos la calle para nada. ¿Qué te podrá faltar en el convento? Allí tendrás tu celda muy compuesta, tus macetas, tus pajaritos y cuantas golosinas apetezcas. No te faltará un peso que gastar con libertad, ni amigas con quien amistarte. Tampoco carecerás de diversion, pues en los conventos tienen sus dias de recreo, sus rejas, sus visitas y azoteas: hacen tambien sus máscaras y mogigangas, sus comedias, sus jamaicas. . . . En fin, no estrañan la calle para nada.

A mas de esto, ya sabes que mi hermana es la abadesa: con ella vivirás, y te tratará como tu tia, y como que te quiere y te ha querido tanto. Por esta misma razon, las monjas y las niñas te traerán en las palmas de las manos. Ultimamente, tú vas á asegurarte de los peligros de este mundo, vas á llenarte de la gracia de Dios, á merecer la bienaventuranza con tus virtudes, y á ser nada menos que esposa del mismo Jesucristo. ¿Quieres mas dicha? ¿quieres mas satisfaccion? ¿quieres mas gloria?

Conque, ¿qué dices? ¿te resuelves á aborrecer á

Welster y á ser monja? ¡Ay papá! respondió Carlota sin poder interrumpir su llanto, ya le dije á usted que seré monja; pero aborrecer á Welster es imposible.—¡Vaya, vaya! tú estás apasionada, te disculpas al fin eres muchacha y no sabes lo que hablas ni lo que haces. Me contento con que seas monja. En el convento, despues que no sepas de Welster, cuando pasen dos años y no tengas ni esperanza de verle, se apagará en tu pecho esa llama que ha encendido tu infame seductor, y ya no te volverás acordar de él; pero es preciso acelerar este paso antes que se enfrie esta vocacion. Mientras vuelvo, vistete y serenate. Te dejo encerrada, porque no quiero que tu tia ni las criadas te vengán á incomodar ni á informarse de lo que ha pasado. Ya vuelvo.

Diciendo esto el viejo, la encerró y se salió para la calle. Fácil es concebir que Carlota viéndose sola se desahogó á su satisfaccion, se bañó en su llanto mil veces besando el retrato de Welster, que no se le caía del pecho, le decia como si hablara con él mismo: ¿Dónde estás? ¡ay! Jococho de mi vida, hechizo de mis ojos, bien de mi corazon.... ¡Para qué veniste á esta tierra que te habia de ser tan azarosa; para qué me amaste tan de veras, y ya que me amaste, ¿para qué te ausentaste de mis ojos? ¡Ah Welster desdichado! Ven, vuela en las alas del amor á socorrer á tu infeliz Carlota; mira que te la arreba-

tan de los brazos.... Si, yo te voy á perder eternamente. Ya no volveré á ver ese semblante tan lleno de candor y de inocencia; ya no escucharé de tu boca aquellas tiernas espresiones, aquellos nobles sentimientos que me manifestaban tu amor puro; ya no tendré la gloria de volver á estrecharte entre mis brazos: ya huyó de mi corazon aquella lisonjera esperanza que [me alentaba de poder alguna vez llamarte mio. ¡Ay, desdichada Carlota! Ya se acabaron para tí los dias de la serenidad y la alegría.... sepultada en una horrible prision, vas á perder á Jacobo para siempre.... Welster.... amado Welster.... esposo mio.... ven, corre, favorece á esta muger amante y desgraciada....

La fuerza del dolor oprimió el corazon de esta infelice, anudó su lengua, heló su sangre y la hizo succumbir á su vehemencia. Cayó privada al pié de un conapé sin soltar el retrato de su amante.

Así estuvo algun tiempo, hasta que naturalmente voivió en sí, y advirtiendo que habia pasado largo rato y que podia ya volver su padre, escondió el retrato, se limpió los ojos y se vistió.

Apenas habia acabado, cuando entró D. Tadeo, y le mandó se pusiera el túnico negro y la mantilla. Obedeció al instante; y tomándola el padre de la mano, bajaron la escalera, y entrando los dos en un co-

che, la llevó al convento, en cuya portería la estaba esperando la abadesa.

Esta la recibió con mil cariños y la introdujo en su habitación. Como D. Tadeo tenía dinero, facilitó todas las cosas de modo que al tercer día tomó el hábito de religiosa.

Esto fué con tal secreto, que ni Doña Eufrosina, ni ninguna de sus amigas, ni su hermana Adelaida, ni las mismas criadas de su casa lo apercibieron, ni pudieron rastrear su paradero por mas pesquisas que hacian.

El viejo se unió con la abadesa, y entre los dos tomaron las precauciones necesarias para impedir que Carlota avisara á nadie donde estaba. Continuamente tenia sobre sí los ojos de la tia, ó de una monja de su confianza: no se le permitia jamas bajar á la puerta, subir á la azotea ni tener reja: se le prohibió absolutamente toda amistad dentro del convento; se le quitó de la celda el tintero; se le impidió bajo de graves penas que hablara sino con la abadesa ó con la monja su perpetua centinela; y para acabar de quitarle todo recurso, se le hacia dormir sola en un cuarto, bajo de llave.

La infeliz novicia cayó en la mas negra melancolía. Siempre llorando, sola, y sin hablar con nadie del convento, se entregó á rienda suelta á la tristeza. A muchas instancias y regaños comia un boca-

do: el sueño se retiró de sus ojos, y con semejante vida en cuatro dias se estragó su salud notablemente. Ella se puso flaca y descolorida, en términos que infundia compasion á cuantos la miraban. Su confesor con quien podia haber tenido algun desahogo, estaba coludido con su padre, y así en vez de consolarla, la reprendia ásperamente, tratándola de loca y de inconstante.

Tantos verdugos juntos dieron con ella en una cama, donde padeció mas de seis meses. Cuando avisó la abadesa á su padre que estaba de peligro, y que no la aseguraban los médicos, respondió: ¡Ojalá se muera! mas bien la quiero muerta que casada.

No se cumplieron sus indignos deseos, porque ya por la resistencia de su edad y su constitucion, ó por los auxilios de la medicina, se fué restableciendo poco á poco, hasta que logró ponerse en pié.

Quando se levantó de la cama se halló con otra niña que tenia la abadesa, llamada Irene, con quien le permitieron amistarse, pero sin perderla de vista como siempre. Esta jóven era muy amable y padecia la misma enfermedad que Carlota, esto es, estaba apasionada por un hombre de bien; pero era pobre, y los padres de ella para ver si lo olvidaba, la pusieron en el convento. Así que las dos se comunicaron sus penas, estrecharon mas su amistad, y se consolaban mutuamente ó lloraban con mucho disi-

mulo, por temor de alarmar con su imprudencia la vigilancia de las monjas; pero dejemos á Carlota cumpliendo su año de noviciado, mientras nos dirigimos á la Habana para saber qué es lo que hacia Welster.

Este, luego que llegó, comenzó á realizar sus proyectos con la mayor eficacia, para regresarse pronto á esta ciudad. Ya casi los habia concluido felizmente, cuando una tarde andando de paseo, se quebró la calesa que cayó con él, y le lastimó una pierna tan malamente, que los cirujanos temian que la perdiera.

Siete meses estuvo en una cama sin poderse levantar, hasta que por fin, á costa de sufrimiento y de dinero, logró quedar enteramente bueno.

No tanto lo desesperaba su mal, cuanto no tener noticia de Carlota. Tres veces le escribió, y otras tantas se quedó esperando la respuesta; ¿pero cómo la habia de tener si en México no sabian sus conocidos dónde estaba? El señor Labin, á quien venian las cartas de Jacobo, se volvia loco por inquirir el paradero de Carlota; pero todas sus diligencias eran vanas. Mil veces llegó á pensar que la habia matado su cruel padre. Como que era amigo verdadero de Jacobo tomaba el mayor interés en serenarlo, y así, unas veces le decia que estaba en una hacienda al tiempo que salió el correo marítimo; otras, que

estaba algo enferma, y otras, que se habia extraviado la contestacion en el camino.

Esto acongojaba demasiado al sensible Welster, porque atribuia el silencio de Carlota á alguna inconstancia mugeril; y así apenas se alivió cuando se embarcó para este reino, sin dar noticia de su viaje á su íntimo Labin.

Ya se acercaba el tiempo en que estos dos amantes apuraran de una vez el amargo cáliz de su última separación. Las horas volaban para apresurar el fatal momento. Jacobo desembarcó sin novedad en Veracruz, y como su pasión era vehemente, no pudo sosegar: trató de acelerar su viaje á esta capital, y lo verificó á marchas dobles.

Dos dias faltaban para la profesion de Carlota, y ella no habia tenido un rato proporcionado para escribir al señor Labin como deseaba, porque su vigilante cuidadora estaba en esos dias mas alerta que nunca por especial encargo de su padre.

Pero no todas han de ser desgracias en la vida. Un accidente que pudo ser funesto, facilitó esta ocasion deseada. La ante víspera de la profesion, como á las doce de la noche, acometió á la abadesa un fuerte insulto apoplético. Se alborotó el convento llamaron al confesor y al médico, y en estas horas nadie pensaba sino en restablecer la salud de la prelada: entraban y salian en su celda atropellada-

mente, y nadie se acordaba de Carlota, ni su perpetua cuidadora. Ella aprovechó estos preciosos instantes, y cogiendo una pluma y una poca de tinta en un vasito, se entró á escribir en su recámara, quedándose Irene guardando la puerta con disimulo para que no la sorprendieran.

A las cinco de la mañana volvió en sí la abadesa, sin sentir ningunas resultas temibles del pasado ataque. Todas se retiraron, y la centinela de Carlota, no pudiendo ya resistir el sueño, se quedó dormida como una piedra, y esto sirvió para dar lugar á enviar el papel á Labin. El interés todo lo vence, y así no se dificultó encontrar una moza que desempeñara bien su encargo.

Todo salió como se habia de menester. A las ocho del dia ya habia recibido el señor Labin el papel de Carlota, y luego que lo leyó, se penetró de compasion hácia ella, y de rabia contra su indigno padre. Despidió á la mandadera muy contenta porque le dió dos pesos, rogándole mucho que pusiera la respuesta con todo recato en mano de la misma que le habia dado el papel primero.

No bien salió la mandadera de su casa, cuando el señor Labin se dirigió á la de su amigo el coronel á quien dió parte del suceso.

A todos interesó la desgracia de Carlota, y le rogamos que nos leyese la carta de esta á Welster. La-

bin condescendió, y sacando el papel leyó de esta manera.

Jacobo: la suerte está echada en nuestro daño. Mañana profesaré contra mi voluntad. Te voy á perder para siempre, siendo un cruel padre la causa de mi separacion. El sepulcro se abrirá bajo de mis piés luego que me ligue con los vólos. Voy á morir, porque no he de poder vivir sin tí. Solo te ruego por aquellos momentos dichosos en que me asegurabas tu firmeza, que no me olvides; y si alguna vez hostigado de mi debilidad, te consagraves á otra hermosura mas dichosa, acuérdate á lo menos de tu infelisisima Carlota, en cuyo corazon vivirá tu memoria eternamente. Adios, adios, Welster, amado mio.

Todos nos enternecemos con la lastimosa despedida de Carlota, y cuando estabamos compadeciéndola, entró en la sala su padre el tirano D. Tadeo. Su visita nos sorprendió, y al coronel lo llenó de tal cólera, que apenas pudo disimularla. La sangre se replegó á su corazon, segun lo dió á entender lo descolorido del semblante; pero como estaba dotado de bastante prudencia, recibió al impío viejo con su acostumbrada urbanidad. Este, á pocos momentos, aparentando que hacia un gran favor en revelar el gran secreto, refirió que su hija era monja, que iba á profesar el dia siguiente, y concluyó convidándolo y á todos sus amigos para la funcion prevenida.

Entonces el coronel, no pudiendo encubrir su in-

diacion, le dijo: Temo mucho, señor D. Tadeo, que esta niña va á profesar contra su voluntad una vida, de que quisiera desprenderse en este instante. El secreto que usted ha guardado ocultándonos por un año el lugar en donde se hallaba, por mas preguntas que se le han hecho, me asegura de este temor. Si ella hubiera entrado con verdadera vocacion, con pleno conocimiento de lo que hacia, y con deliberada voluntad, no habia un justo motivo para que usted negara la verdad. Lo cierto es que mi cuñada, sus amigas, y su misma hermana Doña Adelaida no han sacado de usted sino equívocos pueriles cuando le han preguntado por ella; luego nada mas se necesita para inferir, y aun para asegurar, que su ingreso al convento fué forzado, lo mismo que será su profesion.

Si así fuere, yo me admiro, me asombro, extraño esta violencia en el juicioso talento de usted, y considerándolo padre de esta niña desgraciada, me espanto de que en un padre quepa semejante crueldad. Accion menos tirana fuera que usted dividiese su corazon con un puñal, que no que la obligue á condenarse por su boca á una prision eterna y sin delito.

No es usted ignorante, amigo D. Tadeo: sabe usted muy bien que la autoridad de los padres no llega hasta el extremo de violentar á los hijos á que

abracen un estado para el que no tienen vocacion, esto es, para violentarlos sin justicia.

El mismo autor de la naturaleza, aquel gran Dios que nos crió y nos conserva, y que es árbitro de la vida y de la muerte de los hombres, no quiso apropiarse su albedrío, sino que los dejó en plena y absoluta posesion de su voluntad, para que obrasen en todo segun les pareciese. Pues si el dueño de los hombres les deja esta inestimable libertad, ¿por qué los padres han de querer apropiarse unos derechos que el mismo Dios renunció en favor de los miseros mortales? Si este Supremo Monarca hubiera querido, nos habria quitado la libertad, y en este caso obedeceriamos su voluntad con el mismo mecanismo que el sol, la luna y las estrellas; pero no seriamos mercedores del premio ó del castigo. La voluntad del hombre, bien ó mal dirigida, hace que se haga digno del odio ó del amor del Ser Supremo, y por lo mismo acreedor á unas penas ó á unas felicidades eternas. Vea usted amigo, si podrán los padres forzar á sus hijos á abrazar un estado de cuya buena eleccion depende su felicidad temporal y eterna.

El santo y general Concilio de Trento, inspirado por el Espiritu de Dios y en consideracion á estas cosas, fulmina una terrible escomunion contra aquellos padres temerarios que tienen la sacrilega osadia

de violentar á sus hijas para ser monjas..... Pero acaso usted no me cree. Voy á traerle el mismo testo del sagrado Concilio, para que se convenza por sus ojos..... Vamos, aquí está el libro: hagame usted favor de leer las mismas palabras que dictó aquel sagrado congreso inspirado por el espíritu de la verdad.

Tomó D. Tadeo con harta repugnancia el libro, y leyó de esta manera.—*El Santo Concilio escomulga á todas y á cada una de las personas de cualquier calidad ó condicion que fueren, así clérigos como legos, seculares ó regulares, aunque gocen de cualquier dignidad, si obligan de cualquier modo á alguna doncella ó viuda, ó á cualquiera otra muger... á entrar contra su voluntad en monasterio, ó á tomar el hábito de cualquiera religion, ó á hacer la profesion; y la misma pena fulmina contra los que dieren consejo, auxilio ó favor; y contra los que sabiendo que entra en el monasterio, ó toma el hábito, ó hace la profesion contra su voluntad, concurren de algun modo á estos actos, ó con su presencia, ó con su consentimiento, ó con su autoridad...* (Sesion 25 cap. 18).

Todo está muy bueno, dijo el obstinado viejo; pero no habla conmigo, porque Carlota va á profesar con su voluntad, y ella misma me encargó que no publicara que era monja hasta este dia, porque no queria tener visitas, y yo no he hecho mas que condescender con su gusto.

El coronel, conociendo la malicia de D. Tadeo, le dijo: Está muy bien, amigo: la niña profesará como usted quiere; pero yo sé y muy bien, que no profesará con su voluntad. En fin, usted es su padre, lo quiere así, y basta; pero acaso en los infiernos se acordará del coronel Rodrigo, cuando maldiga su avaricia, que es la causa de sacrificar al claustro la voluntad de Carlota, ofrecida por ella misma á Welster. Todo lo sabemos, y ya no puedo disimular mi justa indignacion. Es usted un hombre pérfido, un ciudadano inútil, y un padre verdugo. Por no desmembrar su capital, dándole á su hija la legítima que le corresponde, la va á entregar á la última desgracia separándola de su inocente amante, y condenándola á una eterna desesperacion. Pero vaya usted, señor D. Tadeo: haga creer á su hija que tiene sobre su voluntad un poder que Dios no le concede: compre seductores á su antojo; válgase de medios reprobados, y haga las infamias que pueda, que algun dia se ha de acordar de mí en los infiernos, cuando sorprendido por la muerte, conozca la fuerza de estas verdades, y maldiga en los abismos el poder de su maldito dinero.

No, no será usted el primer padre que gemirá en aquellos oscuros calabozos. ¡Cuántos están allá por la misma causa! Muchos, D. Tadeo, muchos han ido á los infiernos por violentar el albedrío de sus hi-

jas. Las han hecho ser monjas por reservar el dinero, el mismo dinero que no aprovecharon sus hijas, pero lo tiraron sus sobrinos en juegos, bureos y diversiones.

En fin, señor D. Tadeo; usted dispense si me he escedido en favor de la infelice Carlota, de quien presumo ó sé con evidencia que va á profesar contra su voluntad, y deme por escusado del convite.

Todos dijeron lo mismo, y D. Tadeo se salió avergonzado; pero no arrepentido de su maldito proceder. Luego que llegó á su casa se le olvidó la seria reprension del coronel, y se entretuvo en disponer las cosas para el siguiente dia. Es mucho el poder de la avaricia.

Toda aquella mañana la ocupó en sus particulares negocios, y á la tarde....pero hagamos una visita en su convento, á la desventurada Carlota. Hasta las tres no tuvo lugar Irene de darle la carta de Labin. Abrióla muy sobresaltada, y apenas vió la de su querido Welster y reconoció la letra, cuando se enterneció su corazon sensible, y las lágrimas salieron á sus ojos. Besó el papel innumerables veces, lo humedeció con su copioso llanto, lo apretó contra su pecho; y su mano trémula iba á romper la cubierta, cuando la llamó la abadesa para que leyera un libro devoto, y mandó á Irene que hiciera chocolate.

En ese mismo tiempo llegó Welster á México, y

se dirigió con su equipage al meson que llaman de la Herradura, no habiendo ido desde luego á la casa de Labin, por escusar que lo incomodaran los mozos y las caballerías.

No bien anocheció, cuando tomó la capa y se fué para la casa de Carlota, deseoso de informarse por sí mismo de su salud y de su proceder. Se paró con disimulo en la puerta del zaguan para observar lo que pudiera. Pero ¡cuál fué su asombro, cuando advirtió el alboroto que habia! Entraban y salian muy alegres los mozos de servicio metiendo cajones de dulces y bizcochos, fuentes, vasos, mesas, ramos de flores, y otras cosas. No pudo contenerse, y acercándose al portero poniéndole en la mano un peso para tabaco, le dijo: Amigo, usted dispense: dígame usted ¿quién vive en esta casa, y por qué causa hay ahora tanta bulla? ¿Estos preparativos son para alguna boda? porque á lo menos así me lo parece. Señor, dijo el portero, aquí vive mi amo el señor D. Tadeo Gonzalez de la Mora, y la bulla que usted ve es porque se está disponiendo el refresco para mañana que profesa de monja su niña la señorita Doña Carlota, en el convento de....¿Quién, amigo, quién dice usted que profesa? preguntó Welster con mucha precipitacion; y el portero le decia con igual flema: ¡ya no dije, señor, que la niña Carlotita?—¿La hermana de Doña Adelaida?—Si señor.—¿Aquella

jóven muy hermosa que tiene un lunar debajo de la barba?—Si, señor, esa, esa mismísima es la que va á profesar.—Hombre, usted se engaña. ¡Si eso no puede ser! ¡sobre que esa niña está para casarse! —Eso yo no sé; pero vaya usted mañana al convento, y allí saldrá de la duda, y usted perdone que no le dé mas contesta porque me está gritando el amo. Con esto se despidió el portero, y Welster se fué para el meson lleno de las ideas mas tristes, y no queriendo creer lo que pasaba.

No [pudo conciliar el sueño en esa noche, y así luego que vió la luz del dia, se vistió y comenzó á pasearse por su cuarto, deseando que llegara la hora de ir á la iglesia para ver por sus ojos lo que le habia dicho el portero, haciendo contra la inocente Carlota los mas injustos discursos.

Llegó por fin la hora funesta, tomó una taza de café, y entrándose en el templo vió é hizo lo que sabrá el lector, si quiere leer el capitulo que sigue.

CAPITULO XVIII.

En el que se concluye la historia de Jacobo y de Carlota.

No hay que esperar firmeza en esta vida. Todos los hombres son variables; pero mas que los hombres las mugeres. Ellas son el depósito del fingimiento y la superchería. Sus ternezas son adulaciones, y

sus mas firmes juramentos no pasan de unas mentiras estudiadas. Mal haya el que se cree de unos entes tan débiles y miserables, que abusan de los dotes de la naturaleza y de la ternura de su seco para engañar un corazon sensible y generoso. Mas ¿quién no se creerá de una muger hermosa, cuando jura y promete ser firme hasta la muerte; y mas si llama el llanto para que sostenga su mentira? Las lágrimas y los suspiros son unos arbitrios eficaces, que tienen á mano estas viles criaturas intrigantes para alucinar á los incautos....

De esta ó de peor manera pensaba Welster dentro del templo, creyéndose agraviado de su amante Carlota; pero no pensaba con razon, porque hay mugeres fieles que conocen las leyes del honor y saben cumplir firmemente su palabra; mas Welster no entendía de eso. En aquellos instantes no pensaba sino en tomar satisfaccion de la inconstante Carlota, que tal concepto le merecía.

Se entró por fin al templo, y se acomodó cerca del coro: comenzó la misa y siguió el sermón segun se acostumbra. El orador ponderó las virtudes de la novicia con arreglo á las instrucciones de su padre, y entre otras cosas decia: ¿A quién te compararé, á quién te asemejaré, feliz Carlota, hija de Dios y destinada para la celestial Jerusalem? Tú, en la tierna